

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



- ¡Sí, señores; en este *mesmo* sitio se ahogó el año *pasao* mi Pascuala!
—¿En tan poquita agua?
—¡No fué con el agua: fué con un güeso de *mal acatón!*

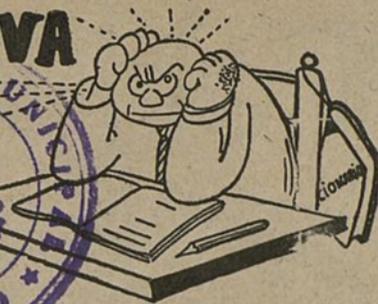
Dib. de PICO.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid





SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

41.—Le metieron en la cárcel.

10

500

COSTAL
REBAJA
NOTA
MUÑOZ SECA
TONTA

500

42.—No conviene pedir ese artículo.

NATACIÓN	REPECHO
PELOTA	MUELA
BOXEO	RECIBO
ESGRIMA	

43.—Y a pesar de eso es muy amable.

NOTAPARRA

A A

CINTURA PATO - A
500 500 500
Mentiras

44.—Ha estado mala la niña ayer.

Pronombre A ZANCAJO

TU

I N

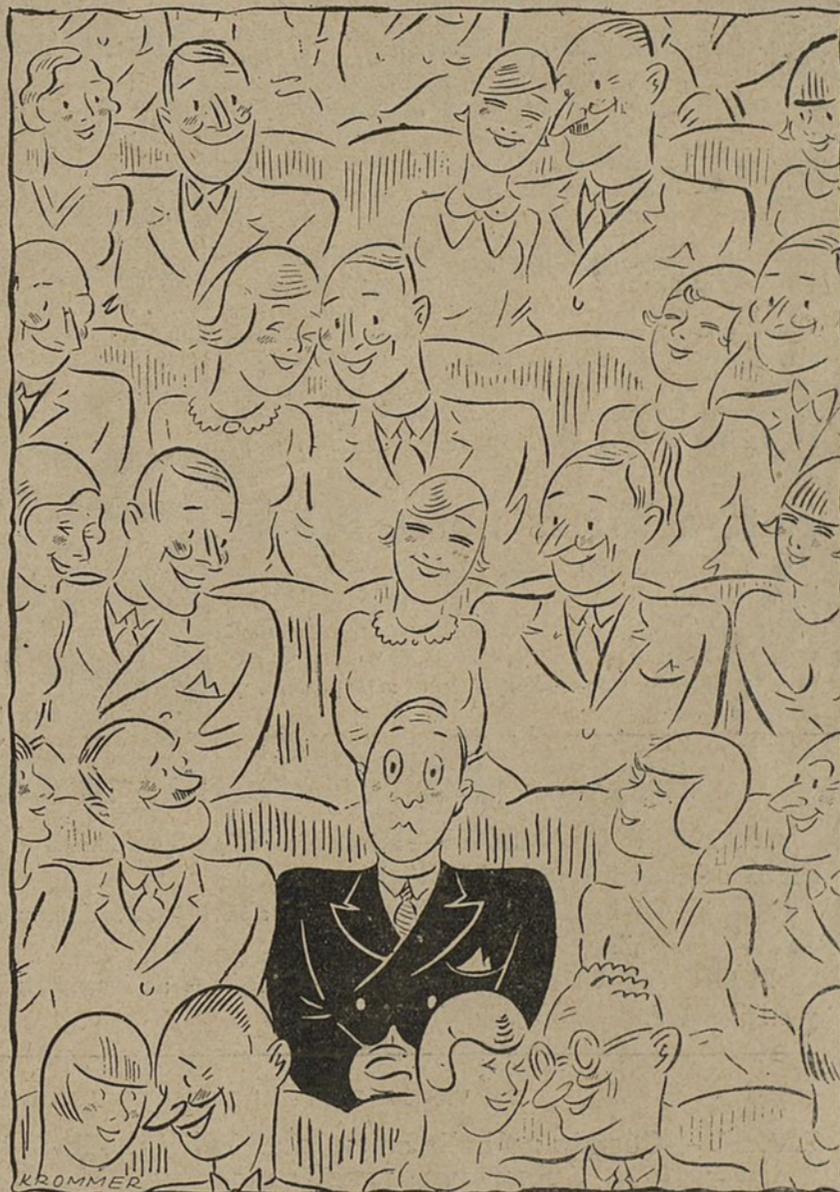
45.—Bonita ciudad.

JACINTO

CASA

ALBERTO

Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7



EL SEÑOR QUE VA SOLO AL CINEMATOGRAFO

De Lo Rire.—Paris

Perfumeria Belleza



PARIS y BERLIN
Gran premio y medallas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., matando la raíz sin molestia para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer; absolutamente inofensiva.

Tintura Winter marca Belleza

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas en el acto. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural y castaño claro. Es la mejor, más práctica y más económica.

AGUAS DE COLONIA marca BELLEZA

ROSAS Y CLAVELES.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable, aristocrático, intenso y varonil.

FLOR SELECTA (extra-añeja).—Constituye un incomparable bouquet, fino y de gran fijeza y originalidad.

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

AVISO.—Cuando no halle en su localidad el producto que usted desea, pídale a los Fabricantes ARGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (España)

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

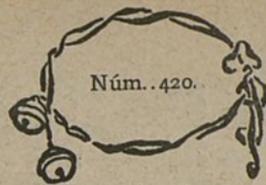
Polvos Belleza Dan suavidad, distinción y finura al cutis. Colores blanco, rosado y Rachel.

Rhum Belleza y Sirio Belleza (contra las canas) Usando uno cualquiera de estos productos desaparecen poco a poco los cabellos blancos, devolviéndoles su color primitivo y natural con tanta perfección y disimulo que nadie lo advierte. No manchan ni la piel ni la ropa. Son una novedad científica, pues su acción es debida al OXIGENO del aire. No contienen NITRATO DE PLATA.

Crema Angelical Cutis (líquida) y Almendrolina Belleza (pasta espumilla)

Dan al cutis belleza, finura y distinción. Hacen desaparecer las manchas, rojeces, rostros grasientos y demás imperfecciones de la piel. Se preparan en colores blanco, rosado y Rachel.

Brillantina Belleza Da brillo, elegancia, perfume y suavidad al cabello. No es grasienta ni pegajosa, ni se enrancia.



CHARLAS DOMINICALES



¿El juego, ¿es moral?...
¿Es inmoral?... ¿Es,
por lo menos, entrete-
nido?

¡No lo sabemos!...
Por un lado, tenemos
odio al nefando vicio
aleatorio. Por otro lado,

tenemos un "vigésimo" en el bolsillo.

¿Qué significa esto?...

También lo ignoramos.

Nuestra moral, como la del Estado,
es acomodaticia. En realidad, el juego no
nos desagrade. Lo que nos disgusta es
perder.

El Estado suprime los "juegos de
azar", pero explota la "Lotería". El ciu-
dadano lanza pestes contra aquella plaga
social, pero entra en la primera "Admi-
nistración" lotérica que halla a su paso,
y pide un "quince", cual si hubiera en-
trado en una taberna.

El deseo de lucro desmoraliza al más
pintado de los parroquianos (no aludi-
mos a Pepito de la Morena) y el que no
se jugaba dos reales a la ruleta, se jue-
ga dos "billetes" al *bolbo*.

¿Por qué?... Porque espera
atrapar algún premio de los
"grandes". (Y eso que *coger* un
gordo es más difícil que *coger*
al asesino de Dusseldorf.)

Nosotros, en esta materia, te-
nemos ideas propias. Creemos
que el juego es "el más moral de
los modos de adquirir", preferi-
ble, sin duda alguna, a las *he-
rencias*, a los *negocio*; y demás
martingalas para hacerse rico sin
hacer "la jarrita" ante doña Ma-
nolita de Pablo.

Un heredero es un señor que
se enriquece sin *exporer*.

Esto no es posible en el juego.
Quien, jugando, quiera correr
albur de ganar veinte duros,
tiene que exponer otros veinte de
su pertenencia particular. Y si
viene la *contraria* (¡que sí suele
venir!), pues... ¡a otra cosa! Y
nada de "transmisiones de domi-
nio", "inventarios", "pago de
derechos reales" y otros *trucos*
para apoderarse de la *pastizars*
del *fiambre* y *pariente*, nuestro
querido amigo.

El juego, como veis, es más
sencillo, más rápido y más líci-
to modo de adquirir. Más moral,
en suma.

Nosotros, por convicción arra-
gada, somos *jugadores* natos.

Desde niños nos gustó *jugar* con la
chacha.

Cuando ya asistíamos al Instituto, ju-
gábamos a los *dátiles*, al peón, al chito
y al billar. (Esto último en *quinto año*.)

Después... ¡ah!, después vino el *mon-
te*, el *bacarrat* y, rodando rodando, la *bo-
lita*; el rey de los juegos, como quien
dice...

El *monte* nos entretuvo una tempo-
rada. El *monte* es sano y alegre, como to-
dos sabéis. En él practicamos el *salto* con
bastante éxito. Nuestra salud mejoró a
ratos, hasta que un *elijan* nos hizo mor-
rir... (Morir a la doble.)

Entonces, nos dedicamos al *bacarrat*.
Este nuevo ejercicio nos *abatió* bas-
tante. (Nos *abatió* bastante el banquero.)
La *racha* nos duró poco. Abandonamos
aquello.

¡Y desde el *potro* vinimos a dar en la
rueda!...

¡Qué maravilla!
¡Pocos inventos han entretenido tan-
to al hombre como el de la *ruleta*!...
¡Hasta perdiendo se goza!... ¡La verdad

es que fué un acierto!... ¡Un acierto
pleno!...

El *vapor*, el *telégrafo*, el *teléfono* son
inventillos comparados con la *ruleta*.

Edison, Madame Curie, Marconi, no
llegan al genial inventor del "disco" de
Montecarlo...

Que se desengañe, sobre todo, Madame
Curie.

La *rueda* es más grande que el *radi*.
Hasta la Geometría lo dice así.

Nosotros, ante el giratorio aparato, he-
mos pasado horas deliciosas.

Pero, ¿qué decimos horas!... ¡Días,
meses, años enteros!...

La actual "Lotería" no puede compa-
rarse, en cuanto a proporcionar entrete-
nimiento al jugador, con ninguno de los
juegos antedichos.

El *monte*, distrae: el *bacarrat*, apasio-
na: la *rueda*, marea. Pero siempre hay
un interés, un ansia en *verlas venir*...

El jugador de "Lotería", por el con-
trario, compra su *billete*, se lo guarda
en el bolsillo y... a esperar la "lista
grande"!... ¿Conocen ustedes faena más
aburrida?

En este momento se encuen-
tran, actualmente, casi todos los
españoles.

Llevan en sus carteras, en sus
tarjeteros, en sus bolsillos inte-
riores, unos papellitos impresos,
con un número grabado en ne-
gro, y una figura, muy cursi, de
la "Abundancia", dibujada al la-
do izquierdo del papel. Es el con-
sabido "vigésimo"; la *participa-
ción* para el sorteo de Navidad:
nada, lo que se dice nada.

Jugar a la Lotería, no es jugar.
El verdadero *punto* ha de estar
sentado ante el tapete, viendo
cómo se da el *pase*, contemplan-
do con anhelo el saltar de la bola
sobre las *casillas* rojas y ne-
gras...

Lo demás es jugar... *por co-
rreo*. Ningún jugador *apuntaría*,
desde Madrid, a una *sota* que se
jugase en Cádiz, esperando que
le dijeran por carta si había *ve-
nido* o no.

El juego de la Lotería es frío;
es, únicamente, deseo de enrique-
cerse: de mejorar de fortuna...

A nosotros, eso no nos satis-
face.

¡No, no; que no nos *toque* la
Lotería!...

Preferimos que nos *toque* el
doctor Asuero.

LUIS DE TAPIA



Dib. SILENO.—Madrid.

La mala fe de los refranes

No siempre los refranes castellanos dan consejos completamente sanos. Para muestra, allá van unos ejemplos que contienen verdades como templos.

Aterida, en el quicio de una puerta, una gata yacía medio muerta. La cogió un labrador, la llevó al lecho y con ella acostóse satisfecho.

La gata revivió con el calor del muy caritativo labrador, y a éste un ojo sacó de una zarpada... ¡Muchos hombres así dan la tostada!... Sin embargo, un refrán nos dice: *Has*

[bien

y no mires a quién.

Que, en el caso que cuento, como cierto, por no mirar a quién, quedóse tuerto...

Por un perro que maté me llamaron malaperros.

Hay quien los mata callando, adquiere fama de bueno y nada hay que haga cambiar la opinión que tiene el pueblo...

Ya nos dice otro refrán así, poco más o menos: *Procurate buena fama y a dormir te tiendes luego.*

Al que de ajeno se viste en la calle le desnudan.

Este refrán, actualmente, es ya retórica pura. Si sólo fueran vestidos los que llevan ropa suya, andarían en pelota unas legiones innumerables, copiosas y formidables, tremendas y pistonudas de personas muy honradas, muy ilustres y hasta púdicas.

Sólo en Madrid, creo que doscientos veinte mil suman. ¡El que no suma es el sastre! ¡O suma y no ve la suma!...

Come poco, cena más (más poco), acuéstate en alto y cien años vivirás.

Está de lógica falto el consejo precedente. Si el trabajo ha sido rudo y no comes suficiente, que duermas tranquilo dudo, lo mismo en alto que en bajo. Si a viejo quieres llegar, tras un día de trabajo no te acuestes sin cenar.

Más vale saber que haber...

Pero en casos generales, vale más tener dos reales que dejarlos de tener.

EL NARRADOR



—Usted me ha invitado a café; yo voy ahora a corresponder. ¿Quiere usted un cigarro?

—No, gracias. Prefiero un sello de correos.

Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.



—Ya está ahí el Patricio Cayo Ripio, castigando, como siempre.

—No puedo tragar al tipo ese. ¡Me molestan los "Cayos"!.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



—Yo no me pongo chistera nada más que en las ocasiones en que uso “chaqué”.
—¿Y cuáles se pone usted “chaqué”?
—Pues cuando uso chistera.

Dib. QUINCITO.—Tetuán.

VEINTICUATRO HORAS

(LO QUE SE ME HA OCURRIDO DURANTE LA JORNADA
DEL MARTES 26 DE NOVIEMBRE DE 1929)

Hacía tiempo que quería llevar esto a cabo.

Hacía tiempo que acariciaba por el lomo el proyecto de "espíarme" durante veinticuatro horas y dar al lector el resultado de ese espionaje. Pero yo no sé de una cosa más difícil que ejecutar los proyectos antiguos. Ejecutar los proyectos antiguos es como exigirle ortografía a una secretaria particular.

Hoy, martes 26 de noviembre, he logrado, ¡por fin!, salirme con la mía (1). Durante toda esta pesada jornada que ahora—cuatro de la mañana—concluye definitivamente, he llevado un papelito y la pluma prevenidos, y allí donde se me ha ocurrido algo que pudiera escribirse, lo he escrito con esa pluma en ese papel.

He tomado notas en mitad de la calle, en el Metro, en el café Gijón, en la redacción de *Heraldo de Madrid*, en dos "taxis", en la Librería

(1) Al decir "salirme con la mía", el autor se refiere a su idea, no a su secretaria.

Fé, en un estanco, en la peluquería del Casino de Hijos de Madrid, en *Kutz*, en el "Palacio de la Música", en un ascensor de la casa de cierto amigo, en el camerino de Celia Gómez y en el cuarto de baño de mi propio domicilio.

Ahora no hago sino poner en limpio todo lo que veo apuntado en el papelito.

EL SOL. (*Descripción.*)

El Sol, redondo, brillante, ardoroso, rojizo y amarillento, es como un huevo frito servido de desayuno, sobre una fuente de nubes, a los primeros traperos que bajan a la ciudad a enterarse de lo que han comido sus habitantes.

EL DIABLO LAS CARGA. (*Asunto para un cuento.*)

Gómez y Pérez comprendieron aquel día que no tenían más remedio que

batirse, porque la señora de Pérez, una rubia que guiñaba los ojos a la moda húngara, se entendía con Gómez, seducida por su apellido de general mexicano.

Pero, en fin; no era lo malo que la señora de Pérez se entendiese con Gómez; ésto lo sabía ya Pérez hacía dos años. Lo terrible es que acababa de enterarse también García, y los adulterios sólo son graves cuando trascienden al dominio público.

Pérez pegó a Gómez; se cruzaron tarjetas (esas tarjetas que nunca son las de los interesados, porque, a causa de la nerviosidad del momento, uno da la primer tarjeta que encuentra en el bolsillo) y Gómez y Pérez—a la mañana siguiente—"fueron al campo del honor".

El duelo era a pistola.

Se había ya medido el terreno y sorteado los sitios, cuando, de pronto, apareció un caballero que nadie conocía y se apoderó de las pistolas.

Hubo un ligero revuelo.

—¿Quién es ese hombre?

—¿Quién le ha invitado?

—¿Qué viene a hacer aquí?

El caballero desconocido, que hurgaba en las pistolas, se vió en la obligación de dar explicaciones.

—Señores—dijo—, soy el diablo.

—¿El diablo?

—Sí. El diablo. Y vengo a cumplir con mi deber, que ustedes ya cococen de sobra...

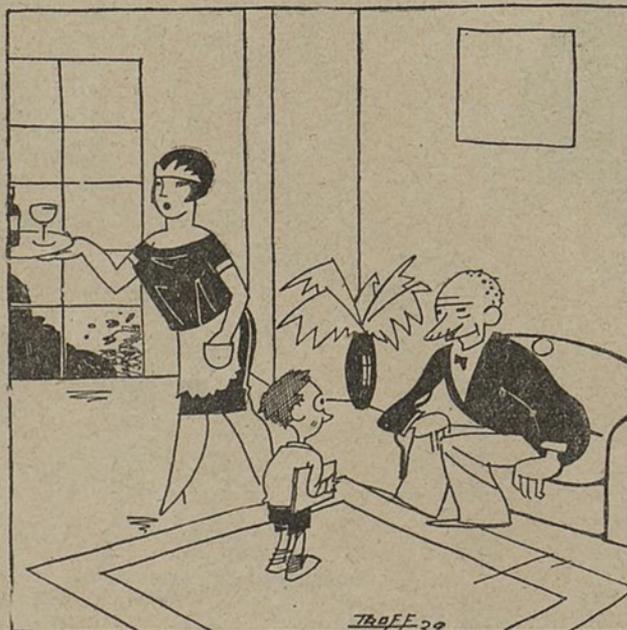
Terminó de cargar las pistolas, hizo una elegante reverencia y se fué.

SERES REPUGNANTES. (*Filosofía barata.*)

Hay dos clases de seres repugnantes: los hombres que presumen, sin ser verdad, de haber logrado los favores de una mujer, y las mujeres que, siendo verdad, niegan haber concedido sus favores a un hombre.

MONJAS CAPICÚAS. (*Majadería.*)

Las monjas capicúas son muy guapas y tienen más de treinta años.



—Dime, pequeño. ¿Cuántos chicos van a tu colegio?
—Pues... uno de cada diez.

Dib. TROFF.—Albacete.

Se dice monja capicúa a la que es una "monja jamón".

IGNORANCIA HISTÓRICA. (Pregunta.)

¿Cómo se llamaría el descubridor de América?

DE LAS PROFESIONES VILES. (Filosofía tan barata como la anterior.)

Todas las profesiones viles (enamorar mujeres, escribir para el teatro, etcétera) necesitan en el que las practica el olvido de la cultura, del buen gusto y del sentido crítico.

AQUELLA MUJER... (Fantasía.)

Aquella mujer tenía unos ojos verdes, como los de los gatos; y eran tan iguales a los de los gatos que hasta fosforecían en la oscuridad.

¡Qué cómodo resultaba amarla!

Porque, gracias a las felinas propiedades de sus ojos, en la noche uno veía la hora del reloj sin tener que encender la luz. Y para leer un libro en los momentos de insomnio, tampoco hacía falta encender la luz. Bastaba con decirle a ella:

—Flérida, hija, haz el favor de enfocarme los ojos al libro, que voy a leer un ratito...

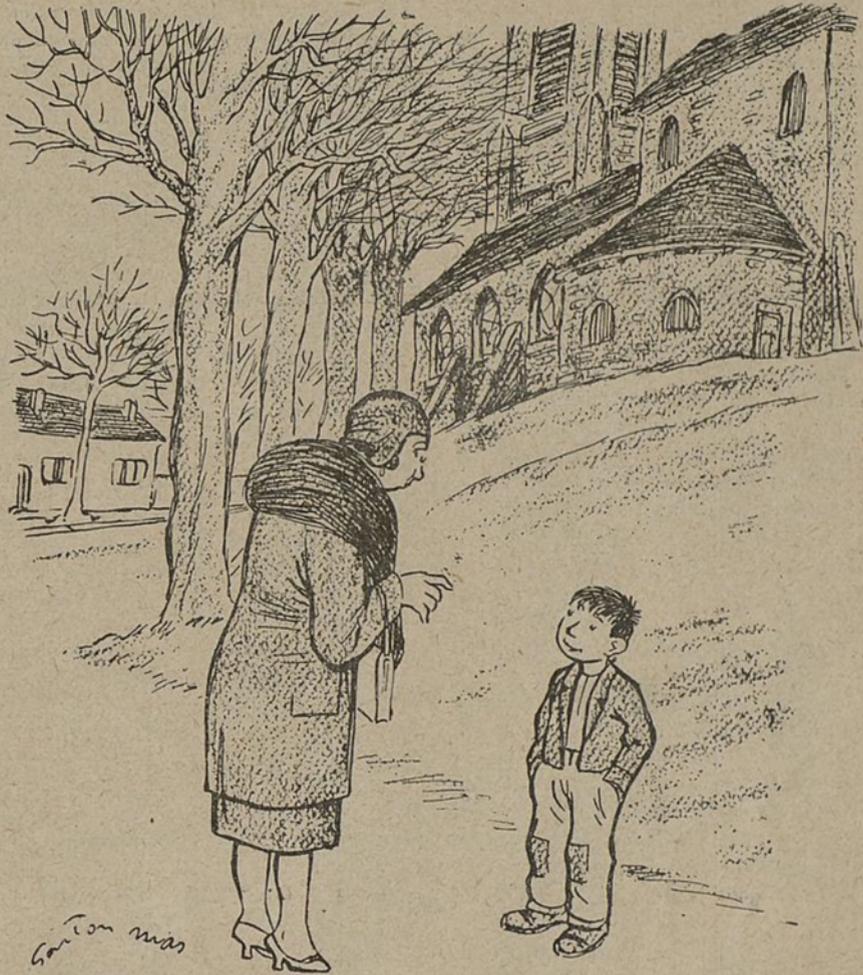
En fin, era una mujer ideal. Lo malo estaba en que a causa de su espíritu gatuno le encantaba tener brasero, y adoraba el pescado, y daba unos arañazos terribles.

Y aun esto podía perdonársele.

Lo que ya no se le podía perdonar era el que en las noches de enero se subiese al tejado a dar paseitos bajo la luna.

UNA BELLEZA Y SU VESTIDO. (Diálogo.)

Una belleza, gentilísima y deslumbrante, pasó por el hall ceñida por la seda resplandeciente de un vestido de noche. Dos señores que se aburrían en aquel mismo hall, hablaron a su paso.



—Anda, hijo, date prisa, lávate en seguida, que hoy viene a comer a casa tu tía Isabel.

—Bueno; pero... ¿y si no viene?

Dib. GASTÓN MÁS.—Paris

—¿Ha visto usted la mujer del vestido de seda?

—Sí.

—¿Le gustó?

—Era divina.

—Estas mujeres magníficas, vestidas de seda, son como capullos de mariposa.

—Tiene usted razón; son como capullos de mariposa. Por fuera, la seda (o el vestido) y dentro de la seda...

—Dentro de la seda, un gusano, que se retuerce. Nada más.

gato por liebre, que—para cazar ratones—tienen conejos amaestrados.

EL CAFÉ. (Descubrimiento.)

¿De qué está fabricado el café de los cafés, que sabe distinto a todos los cafés?

El café de los cafés es un cocimiento de esquelas de defunción.

LAS GAFAS. (Observación sin gracia.)

Es imposible llegar a sentirse verdadero amigo de un hombre que usa gafas.

Los hombres que usan gafas nunca son ídolos de las mujeres.

RESTAURANTS ECONÓMICOS. (Reflexión breve.)

Hay *restaurants* económicos donde es tan frecuente la costumbre de dar

¿Cómo decir: ¡te amo!, con unas gafas puestas?

¿Y por qué han de vivir en medio esa frialdad de todos los hombres que usan gafas?

Quizás por el viejo principio físico que dice "el cristal es un aislador".

DOS MOTIVOS. (Axioma.)

Sólo hay dos motivos a causar que puedan obligar a una persona a permanecer inmóvil doce o trece horas sin sentir fatiga, aburrimiento ni remordimiento:

estar muerto
y estar jugando al *poker*.

EL AMOR Y EL HAMBRE. (Reflexiones.)

Lucifer—el Lucifer de los Libros Santos—, era un cretino.

Pretendía tentar a los anacoretas de los desiertos poniendo delante de ellos mujeres hermosísimas.

Y los anacoretas hacían un gesto de repugnancia.

Naturalmente.

Porque los anacoretas, los virtuosos varones de los desiertos, practicaban el ayuno y se pasaban semanas enteras con una cortecita de pan y un buche de agua.

Y en esas condiciones uno ve una mujer hermosa como se ve un arquitecto.

Si Lucifer no hubiera sido un cretino había empezado por dales a los anacoretas una docena de ostras, una sopa de almejas, una paella valenciana, una langosta con mayonesa, un pollo frío con gelatina y unas conchitas de *bechamel*, y luego quesos y frutas; y varios vinos de marca, y un *pudding*, y *champagne*, y después, una tacita de moka y un puro Henry Clay.

Y si entonces les pone delante, no ya una mujer hermosa, sino incluso una criada de Segovia, los anacoretas se hubieran lanzado como lobos hacia la criada.

Y habrían pecado.

Habrían pecado tanto que hasta puede que les hubiese perdonado Dios.

EL TIEMPO. (Observación rápida.)

Todo el mundo se queja de no te-

ner tiempo para cumplir con sus quehaceres.

Y, sin embargo, cada cual tiene a su disposición todo el tiempo que existe.

LA BORRACHERA. (Ideas para andar por casa.)

El hombre bueno, al emborracharse, se derrite de pura bondad. El malo, se hace aún más malo. El educado, se pone finísimo. El mal educado, hace y dice groserías. El grosero, se convierte en soez. El apocado, se hace tímido. Y el insolente, se pone irresistible.

La borrachera es el alzador del carácter.

(Y las mujeres, al emborracharse, pierden la vergüenza.)

MANICURA. (Axioma.)

La manicura es el ser que más al tanto está de la clase de vida que hacemos.

AMAR. (Máxima.)

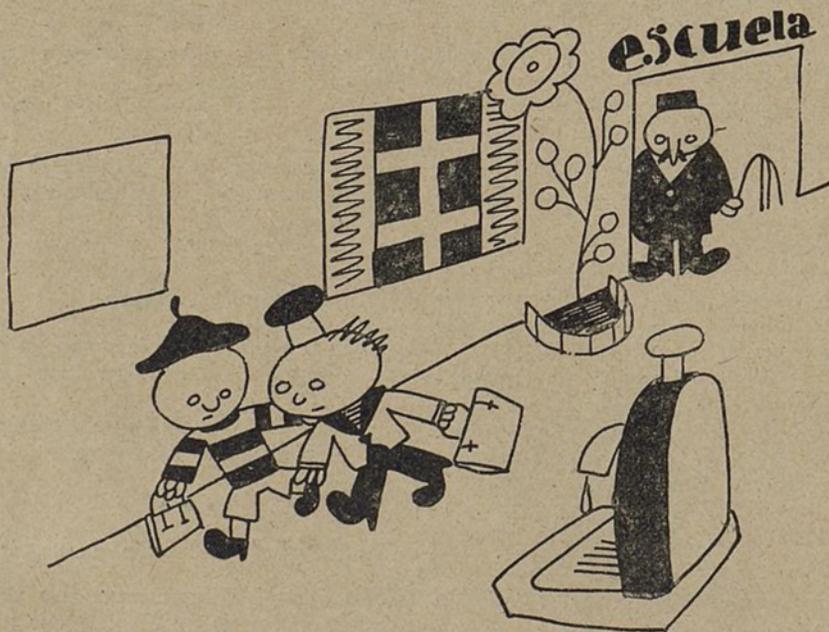
Amar es perder el tiempo creyendo que lo ganamos.

LA DISTANCIA. (Máxima desoladora.)

Con la distancia un gigante parece pequeño y un hombre de espíritu parece mayor.

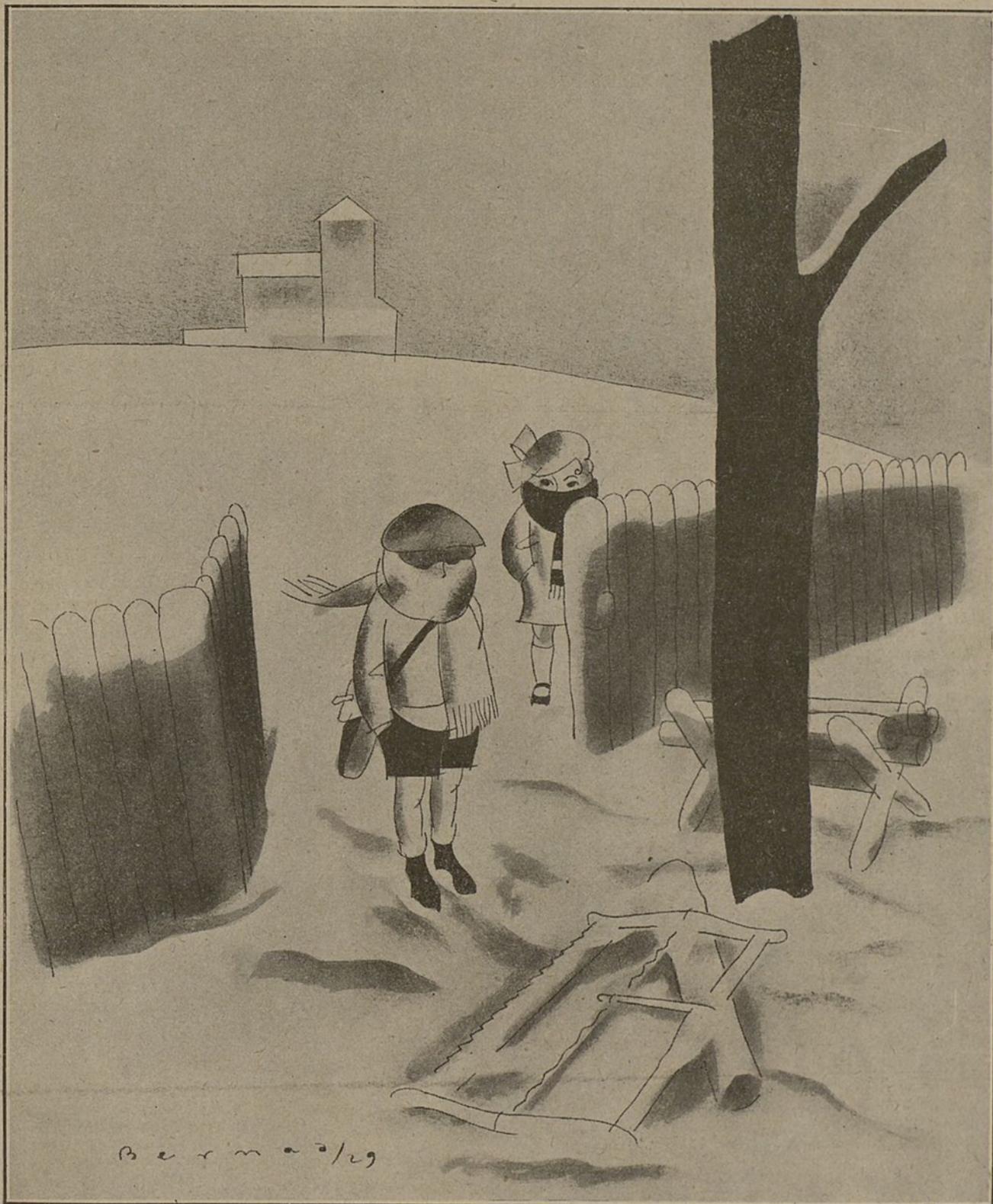
He llegado al final de la séptima cuartilla y aún estoy en la mitad de las apuntaciones. No hay más remedio que cortar y acabar otro día con las cosas imaginadas en veinticuatro horas.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



—En mi casa no somos más que tres personas: mi padre, mi madre y yo.
Yo soy el más joven de los tres.

Dib. RABÁ.—Madrid.



—¡Y pensar que no ha sabido el maestro dónde estaba la sierra nevada!

Dib. BERNAD.—París.

La Puerta del Sol, la bola y demás

Mi primer mañana en Madrid, la de ayer, la he dedicado a la Puerta del Sol. Llegué a ésta por un callejón desierto, perpendicular a la Carrera de San Jerónimo, temblando anticipadamente de emoción al percibir, antes de verla, el clamor de la muchedumbre.

Apenas desemboqué, una avalancha de gente me arrastró, en su girar extraordinario; me levantó en vilo, acabó en dos golpes con mi resistencia, me trituró despiadada y al fin decretó la dirección que debía tomar: me vi empujado, llevado continuamente hacia Mayor.

Me dejé dirigir: recibido este bautismo de fuego, normalizada mi marcha, pude observar el espectáculo, para mí nuevo, de aquel lugar. Extrañé, como buen provinciano, el bullir incesante de autos y personas, el ruido, el movimiento. Los peatones, habituados a todo ello, cruzaban la plaza con evidente pericia por entre los vehículos en marcha. A una sola cosa parecían estar poco acostumbrados: cuando los guardias de exótico perfil hacían sonar sus pitos, deteniéndose los autos en los sitios convenidos, los peatones eran incapaces de aprovechar esta tre-

gua. Al advertir aquella quietud, que juzgaban inestable, mirábase recelosos y permanecían indecisos al borde de las aceras. Y cuando la prolongada tranquilidad iba demoliendo su desconfianza, sonaban los pitos, y los coches, deseosos de recobrar el tiempo perdido, corrían en su busca. Restablecíase, pues, la normal avalancha, y al hallarse ante un espectáculo familiar se tranquilizaban los peatones, que, sorteando hábiles los carruajes en marcha, conseguían llegar casi todos al otro extremo de la Puerta.

Sonaba por doquier el tintineo apremiante de los tranvías. Grandes, extraños, cruzaban en todas direcciones con angusta lentitud, haciendo alto en determinados lugares para cambiar de carga. Y el mismo espectáculo se repetía en todas las paradas: un grupo de gente que atibababa, desengañado y somnoliento, la lejanía, prorrumplía en exclamaciones de asombro e incredulidad al verle asomar cabeceando, y se aprestaba a la lucha por un asiento. Antes de detenerse el tranvía lanzábase intrépidos al asalto por la parte trasera. Los pasajeros que se veían ya al final del trayecto decidían salir al exterior, aun a costa de la integridad personal de sus contrarios, y con conmovedora unanimidad descendían también por la plataforma posterior. Mientras, en la anterior, conductor y cobrador, convencidos de su impotencia para explicar por dónde se debe subir y por dónde bajar, encendían, con hispano estoicismo, un cigarrillo.

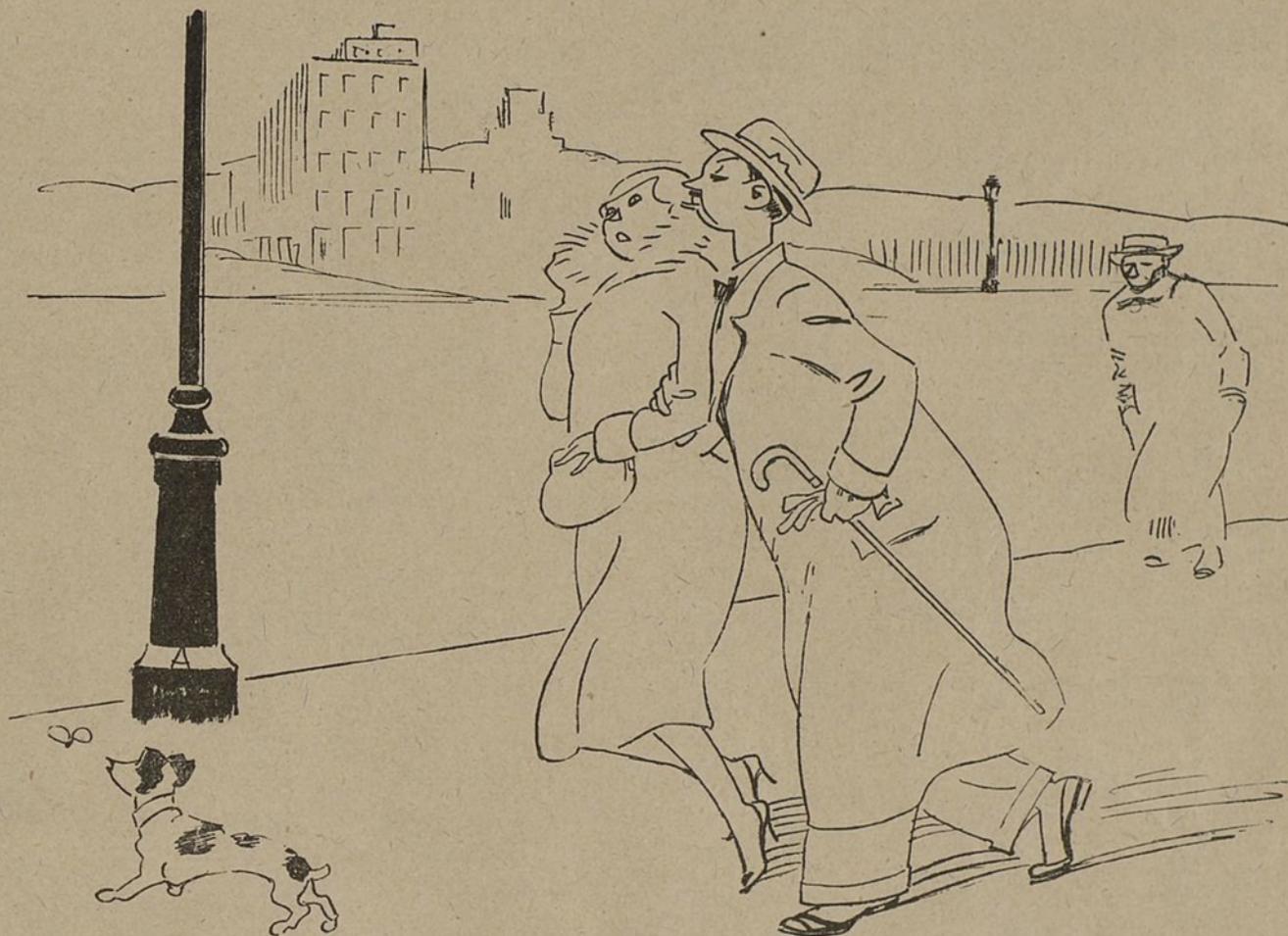
Atronaban el aire, intentando sobrepasar el clamor de las bocinas, los gritos de los vendedores: los había de lotería, periódicos, revistas, juguetes, gomas, mecheros... Uno, cuyo mirar estrábico jamás olvidaré, me ofreció, lo juraría, una pianola. No pude comprobarlo. Llegaba al cruce de Arenal, y en estos sitios ese monstruo de mil cabezas y psicología infantil que se llama muchedumbre, se desmembraba para, recobrada cada ser su personalidad, tratar de llegar con vida a la otra acera. Yo lo conseguí tras varios quiebros espeluznantes.

Continuando hacia Alcalá observé, arrimada la espalda a paredes y escaparates, muchos individuos de aspecto pueblerino (extraña resaca provinciana en el madrileño mar de la Puerta del Sol). Todos miraban atentos hacia el mismo sitio. Seguí, intrigado, sus miradas, y pude ver frente a ellos la famosa torrecilla de Gobernación, con su dorada bola col-



—Este es mi mejor cuadro. ¡Ya no haré nada mejor!
—Pues continúe, hombre; no se desanime usted por eso.

Dib. CUESTA.—París.



—Mira, Felipe, no quiero más cuartos modestos. ¡Quiero un rascacielos!
 —¿Rascacielos? Para llegar a eso un modesto empleado como yo tiene...
 —¿Qué?
 —... que tener las uñas muy largas.

Dib. AREUGER.—Madrid.

gada, al parecer, del techo. Llevaba inmóvil unos instantes y...

De pronto comenzaron a sonar las doce en el reloj del Ministerio, e impulsada por las sonoras campanadas, fué descendiendo la bola con estridente rechinar metálico por la barra que la atraviesa. Al poco, apagado ya el eco de la postrer campanada, volvió, gimiendo y carraspeando, a ocupar su anterior posición. Oí a mi alrededor suspiros de alivio, y uno tras otro todos mis compañeros de observación se separaron de la pared y se dejaron engullir por el inacabable desfilar ciudadano. Extrañado de aquella unanimidad, continuaba inmóvil, cuando con suaves golpecitos en el hombro, un guardia:

—Ya se ha terminado—me dijo.

—¿Ei qué?—murmuré asombrado.

—Eso de la bolita. ¿La parada de Palacio, la vió ya?

—¿Yo?

—Mañana, a las once.

Y con una mirada de aliento, me dejó.

¿Cuánto tiempo hubiera permanecido

inmóvil y aturdido por aquella conversación, a no ser por aquel caballero bajito? No sé; acaso continuara allí todavía. Pero aquel caballero, compadecido de mi estupor, me lo explicó todo.

—Naturalmente—adivinó tras un cortés saludo—, usted es provinciano. Asentí.

—Sí, sí; usted y todos los que, como usted, estaban aquí hace un momento. Todos ustedes han llegado a Madrid ayer u hoy, y acaban de cumplir el primer requisito de todo provinciano, vulgo isidro: ver bajar, a las doce, la bola de Gobernación...

Protesté con un gesto. Era una coincidencia.

—No, no es casualidad. Llámelo como quiera: instinto, fatalidad. Pero es inevitable: bajo la forma de aparente casualidad o de necesidad imperiosa e inexplicable, todo provinciano cumple con este deber preliminar. Yo, provinciano también, pasé asimismo por esta prueba. El día de mi llegada, a las 11,54, tomaba

tranquilamente, con la tranquilidad de la ignorancia, en la Red de San Luis, un 17 para Cuatro Caminos. ¿Qué ocurrió? Nunca pude explicarlo, y a toda explicación se resistió el hecho. Yo, a las doce de aquel día, vi bajar la bola...

Suspiró tristemente con el recuerdo. Puso paternalmente una mano sobre mi hombro y añadió:

—Mañana a las once, como ya le ha advertido el guardia, usted estará en Palacio viendo la parada. Es el segundo deber. Resignación.

Pero aquel pobre hombre se equivocó. ¿Era más débil el segundo mandato o contrarresté a tiempo su influencia? Hoy, a las once, no estaba en la parada. Precisamente me había ido a la Puerta de Alcalá a meter el dedo por los agujeros que produjeron en ella las balas de los asesinos de Dato. Como había bastantes paletos viendo aquello, he tenido que guardar cola.

(Y... ¿no será esto el tercero?)

JESUS FERNANDEZ AGUILAR

Un suicidio original

Escolapio Díaz Naranjo era un ser atrabiliario, hosco, feroz. No prodigaba amistad ni a los calamares, que le gustaban con delirio. Los comía con avidez, bien es cierto, pero los mascaba con odio e ira reconcentrados. Se "alampaba" también por cierto vino de Métrida que había descubierto, por mera casualidad, en un mal bodega, y ¡había que verle beber! ¡Santo Dios!; lo trasegaba como quien ingiere una pócima del más execrable sabor. ¡Y le gustaba como a un simple mortal le puede gustar la Gloria libre de gastos y sin gravamen de ninguna especie!

Si esto dejaba traslucir con dos cosas que le apetecían y que, invariablemente, figuraban en todo ágape suyo, ¿cuál no serían sus gestos, sus invectivas o sus rotundas y declaradas repulsas en todo aquello que no gustase?, y que era el resto de lo que existía o pudiese existir.

En efecto; era inconcebible. Si llamaban a su puerta, protestaba; si no llamaban, se enfurecía, pensando que la sociedad le aborrecía. Si cobraba poco, se quejaba porque no podía subvenir a sus necesidades; si le pagaban con largueza, pretendía que querían sobornar su conciencia. Llovía, y era para que no pudiese salir sin mojarse y ponerse de barro hasta el occipucio. Hacía sol con el malsano propósito de hervirle la sangre y sesos, que harto fritos tenía una y otros. No le saludaban, no había más que groseros en el mundo; hacía la gracia de un sombrero o genuflexión versallesca, bajeza y lacayismo puro. Solicitaban de él un cigarrillo—cigarrillo que siempre negaba—, pretendían gorronear a su costa; ofrecíanle, gentilmente, uno de la Tabacalera, ya se sabía: alevosos deseos de envenenarle. Quizá fuese en lo único que acertase.

Un hombre así no podía tener familia ni amigos. Así era, en efecto. La poca familia que tuvo la mató a disgustos, y los pocos amigos que hizo se le retiraron como el hipo después de contener el aliento. Y era que aquel hombre, don Escolapio, repelía a una fiera.

Vivía aislado, iracundo, hidrófobo. Y la vida se le empezó a hacer odiosa. Pensó en el suicidio. Pensó en el suicidio como quien piensa tomarse un aperitivo con "banderillas"; es decir, sin marcado propósito de llevarlo a efecto. Esto fué un lunes.

El martes se le figuró que un vecino suyo, obeso y optimista, le miraba con irónica insistencia, como di-

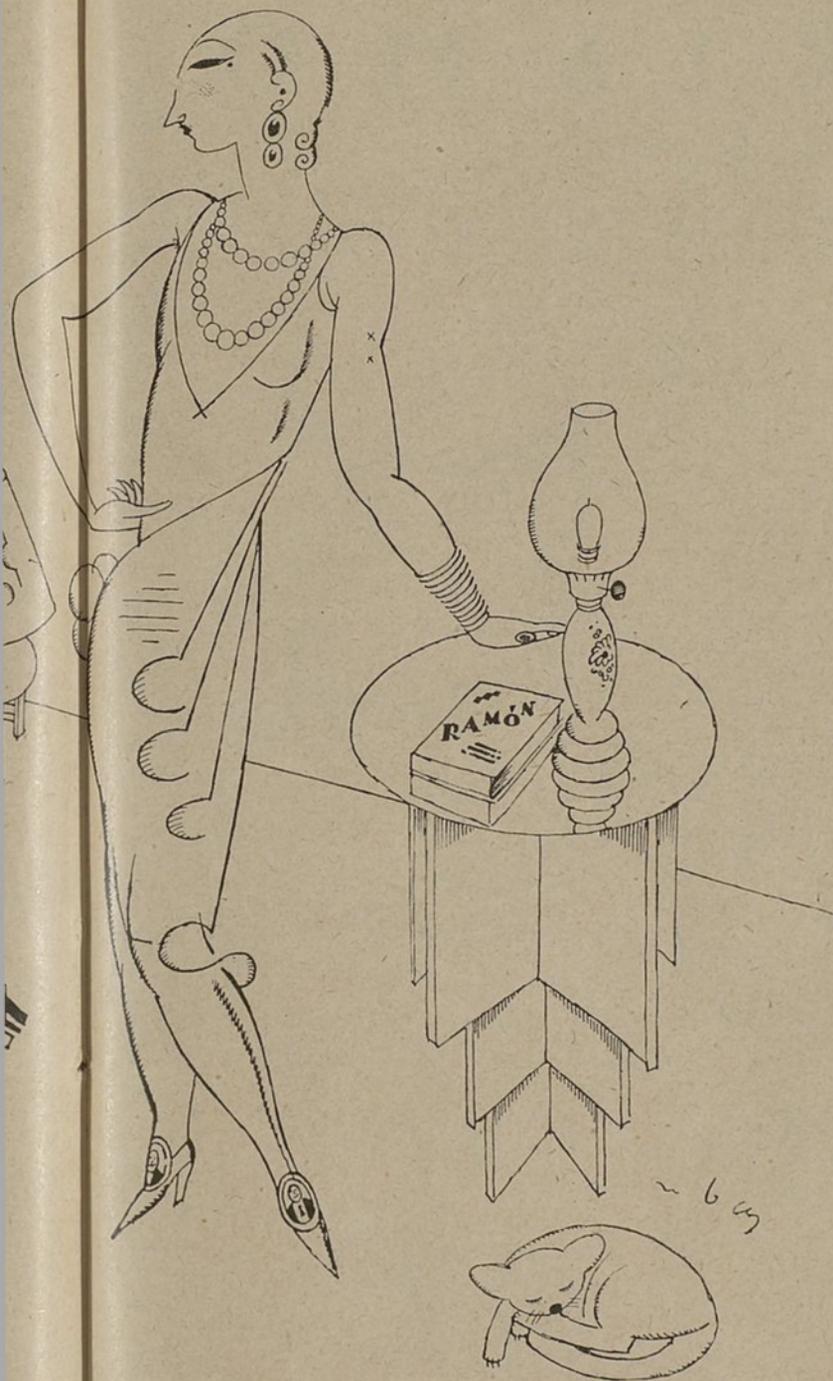
ciéndole: "¡Vamos, hombre, no es más que cuestión de un momento!" El miércoles, el dueño del restaurante donde comía le sirvió mal, con desgana, y a los postres le preguntó que cuándo iba a terminar... Indudablemente, la pregunta se la "traía", aunque el fondista pretendiese "llevarse". El jueves tropezó, en su camino a la oficina, con una pareja de guardias, y oyó que uno de ellos decía al otro: "¡Este hombre un día nos dará un disgusto!" Esto era compelerle, forzarle al hecho delictivo. El viernes, la portera, al dar los buenos días, añadió con convicción táctica: "Cuando usted quiera; pero que no sea en domingo, que voy a ir al cine." El sábado se compró una pistola. Estaba obligado. El domingo hizo testamento; no dejaba nada a nadie; pero insultaba, desde el juez de guardia hasta los que pasasen en lo sucesivo por su calle. Y ya, el nuevo lunes, que hacía una semana desde su determinación...

¡Ah!, el lunes... lo pensó mejor. No es que se hiciese



La mujer.—¿Sabes qué día es hoy? Hace doce años que me pediste.
El marido, distraído.—¡Doce años! Pero mujer, ¿por qué no me nos hubiéramos casado.

**Compre usted el almanaque
para el año**



años que me pediste relaciones.
 er, ¿por qué no me lo has recordado antes? Hace ya tiempo que
 Dib. RIBAS.—Madrid.

manaque de BUEN HUMOR
 el año 1930

atrás en su resolución. No, eso nunca: la decisión estaba tomada en serio y se llevaría a cabo. Es que, a última hora, sintió un escrúpulo; un escrúpulo religioso. Don Escolapio era católico apostólico romano, y recordó que la religión le prohibía bajo penas severísimas, y bajo techado en días de lluvia, quitarse la vida y los pantalones en sitios concurridos. Vaciló. El quería eliminarse a toda costa; pero al mismo tiempo no quería incurrir en las penas del infierno. Entonces lamentó no ser ateo...

Mas no había otra solución. El era creyente... Y él quería morir. Morir; porque había oído que morir era descansar, y él estaba rendido.

Se puso a cavilar... Su muerte tendría un aplazamiento.

Un día se encontró en la escalera con el vecino obeso y optimista.

—¿Le gustan a usted los gatos? —le preguntó.

—Hombre, ni me gustan, ni me dejan de gustar. ¿Por qué lo pregunta usted? —inquirió el obeso, echándose a reír.

—Por nada; buenos días.

No hubo más entre aquellos dos hombres: optimista y carnosos el uno; pesimista y agrio el otro. Es de-

cir, si hubo. Aquella noche, cuando el optimista roncaba a pierna suelta, soñando quizá con alguna francachela, despertó sobresaltado por un espantoso maullido... Y, hasta que apuntó el día, a la puerta de su casa hubo concierto gatuno. Esto fué el primer día. El segundo, los maullidos de aquel endiablado minino no le dejaron ni ahuecar la almohada. Los sucesivos fueron horribles, terroríficos: empezaba el concierto lento y apagado, como el vagido tenue de tierna criatura, para irse hinchando luego, poco a poco, hasta remontarse a las más agudas notas de la estridencia gatuna. Unas veces el clamor gateril era dulce y melancólico, como el introito de un "miserere" interpretado con óboe; otras, estrepitoso, terrible, anonadador, como una increpación apocalíptica... Se alejaba, desmayando su ingrato quejido; y nuevamente, con más poderoso vigor, seguía la agria sinfonía, terminando en un inaudito y espantable maullido.

Y así una noche, y otra...

El obeso empezó riéndose del "micifuz", para concluir odiándolo con todo su rencor de hombre obeso y comodón. Y él, que nunca se había dormido invocando a ningún santo, invocaba todos los días a la portera: "¡A ver si me ahuyenta usted el gato ese!" ¡Pero que si quieres! No valían escobazos ni trampas. El gato aquel era diabólico, y no se le veía por parte alguna. Llegó a ser su obsesión. Le puso cordilla envenenada, y para hacérsela más sabrosa la untó con mantequilla de Soria. Nada. Pasaron dos meses, tres días y cuarenta y cinco minutos. La obsesión del hombre obeso se marcaba latente como una palpitación.

Un día, mejor dicho, una noche, se armó de paciencia y de un garrote que no tenía precio, pero sí mucha madera. Y esperó: una, dos, tres horas... Allá, por la madrugada, en su misma puerta, con rabia, saña, premeditación, alevosía y nocturnidad, el gato maldito lanzó a la embotellada cólera de aquel pacífico y seboso ciudadano el más horroroso y espeluznante de los maullidos...

Fué medio segundo: el hombre obeso abrió su puerta y descargó su estaca con toda la energía acumulada en dos meses y pico de cólera reconcentrada. Y dió en la cresta; porque, cuando encendió una cerilla, vió tendido el cuerpo de don Escolapio, quien, en el último estertor, le hacía adiós con la mano izquierda y le mandaba un beso con la derecha.

José ORZA

RAMONISMO

Descenso al Rastro

¿A qué vamos al Rastro tan a menudo? ¿Por qué desgastamos las suelas en la rampa final?

No nos atrevemos a confesarlo, pero esas idas y venidas obedecen a una vieja superstición, según la cual creemos que algún día encontraremos la campanilla con que llamar a ese criado misterioso—negro por lo general—que acude al son de esa mágica esquila dispuesto a traer lo que se le pida, por absurdo o inverosímil que sea.

Cualquiera que me observase me vería hacer tilín, tilín a toda campanilla que



encuentro a mano, dejándola en el mismo sitio en que estaba cuando noto que no es la campanilla mágica que busco hace tantos años.

Entre lo último que se destacaba sobre montones de cosas amorfas o ya vistas, había una cesta de viaje excepcional, con doce servicios, tazas, platos, tenedores para pescado y carne, cucharillas de helado, etc., etc.



Todo el Rastro, bajo el influjo de esa cesta, se convirtió como en un viejo tren de lujo en que viajase un gran duque hacia Rusia, pues aquella cesta había ido al Imperio moscovita, a Stokolmo, a Tánger y había viajado en los grandes coches de caza y campo.

No hay hoy merendadores capaces de usar una cesta como aquélla.

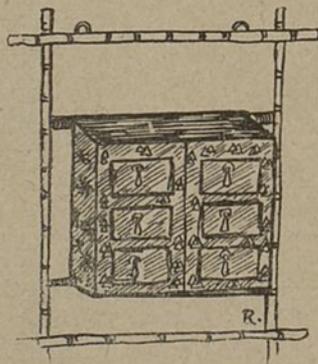
El Rastro debía organizar la gran procesión, por que allí hay numerosos

ángeles, pendones, banderas y los mejores Ecce-Homo, los que han sufrido más injurias del tiempo y están en la terraza de Caifás.

El chamarilero más decidido del Rastro odia de tal modo que le supongan araña en la inacción, que no hace más que propalar:



—¡Vendo un horror! ¡Un verdadero horror! Le digo a usted que es un aborrecimiento vender tanto... Ayer cinco mil pesetas a la marquesa de Eloy, diez mil a la Valderillo, ochocientas al marqués viudo de Mondas, etc. etc.... ¡Le digo a usted que esto no lleva cami-



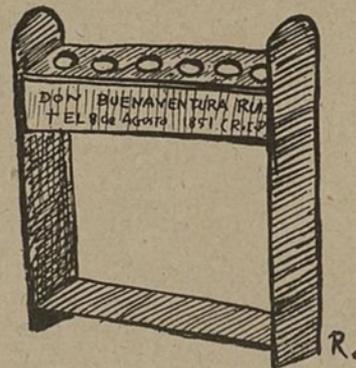
no! ¡Estoy cansado de billetes de mil, difíciles de cambiar en todos lados!

—Este es un casco de más acá de las Cruzadas—dice otro tergovensero, señalando un capacete de hierro con cubrenariz.

—Ya sabe usted—añade—que en la hora de la paz se daba una indemnización al que devolviese el casco.

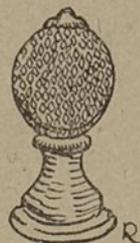
Tanto han llorado las arañas en la

hora de su ruina y menoscabo, que hay grandes banastas de lágrimas verdaderamente lloradas, irreparablemente perdidas, pues lo ciego y desaparecido no por ciego y desaparecido deja de llorar, de seguir llorando.



Bagaría bajó un día al Rastro para buscar una merluza usada.

En esa cervecería de las proximidades está escrito: "Vini-tupi", y lo que debían haber puesto, que era la heroicidad completa: "Vini-tupi-vinci".



De aquel automóvil que ofrecían daban la prueba hasta Santander.

Compró un guardafreros para que en los choques de auto, después de hacerse cisco todos en la catástrofe, el puro continuase en su pequeño obús blindado. ¡Muy práctico!

Menudean mucho esas botas de cojo con un piso muy ancho en el que echar carbones durante el invierno.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)



—Pero, hombre, ¿cómo vas con esos zapatos tan rotos? No podrás ni andar.
—Es por comodidad. Así puedo cortarme las uñas de los pies sin quitarme los zapatos.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

B E C Q U E R I A N A

Nuestro simpático amigo Antonio Vajilla era un flamenco, un castizo, y tuerto de nacimiento. Sentía por las señoras una especie de *gorilomanía* galopante, y por el *mostagán* una afición más bien sosegada.

Todas las tardes acudía al colmado titulado "La ley seca", y se metía en el abdomen, con una fe de rito y una exactitud cronométrica, su docenita de chatos con sus correspondientes y variadas tapitas. Al llegar a la oncená, exclamaba convencido e invariablemente:

—¡Ea; ya no le debo na ar zastre!—tal era su cegador optimismo...

La tarde a que se refiere esta página, nuestro héroe cargó un poco más la mano en la dosis vinícola, despertándosele aún más que de costumbre su afición a las faldas femeninas, y tomando una nueva faceta: la poesía.

Se encamió al Parque de María Luisa para visitar a su *compañero* Gustavo Adolfo en su morada mármorea. Al llegar a la placita del poe-

ta de las mujeres, encontró sentadas en los bancos policromos a dos ejemplares que le dieron vida al ojo ausente. Una era sevillana; la otra, extranjera. Con una exquisita y proto-

colaria cortesía, se dirigió primero a la huésped de honor y le atizó un madrigal tan verdaderamente *shakespeareano*, que la rubia británica huyó del tuerto como una exhalación. Estaba amoldada a Sevilla, se conoce.

No desmayó nuestro hombre, y, tras una mirada al poeta, fuese en busca de la *indígena*, de la que esperaba mejor recibimiento.

El madrigal empleado aquí debió de ser más descarnado, pues la joven, cuya misión doméstica la delataba un "peque" que dormía en su seno, cogió al nene, y lanzando un "*pa comerte, con el ojo*", fuese rápida también del bucólico lugar.

Y Vajilla, sonriendo humorísticamente al poeta, que también parecía dilatar sus labios de mármol, exclamó condolido:

"¡Dios mío, qué solos se quedan los *tuertos!*"

PEDRO RISTORI MONTOJO



OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA



Ponemos en el superiorísimo conocimiento de nuestros ilustres lectores que el

Número almanaque de BUEN HUMOR

para el inminente año de 1930

va a ser algo fantástico, extraplanetario y único en los anales de la Prensa humorística universal, nacional y local.

Asunto formidable, colaboración sublime, arte supremo, gracia en imponentes cataratas, todo lo que pueda soñar el comprador más exigente, lo vamos a dar por el acostumbrado y para nosotros ruinoso precio de

UNA PESETA

¡El que no lo adquiriera, perdone que le digamos que es un lamentable suicida!

DEL TURISMO INOFENSIVO

Valiosas opiniones de un extranjero observador

Los honorables extranjeros que, con motivo de las Exposiciones de Barcelona y Sevilla, han hollado el sacrosanto suelo de nuestra patria con su fraternal calzado, se han dedicado a hacer diversos estudios sobre nuestras costumbres, nuestros panoramas, nuestras riquezas arqueológicas y nuestros sabrosísimos churros para el matutino chocolate. Los que son periodistas han largado a sus respectivos diarios unas crónicas que, si las hubiera escrito yo, no me las habrían publicado ni en *El Debate*. Y los que son simplemente turistas probos, se han conformado con llenar su cuaderno de impresiones de viaje con lo que buenamente les ha parecido más interesante.

Nosotros hemos tenido el honor de hacer amistad con uno de estos turistas, y el hombre nos ha confesado que, con ser España una nación admirablemente pavimentada, y a pesar de lo grande que es El Escorial, de lo morrocotudo que es Aranjuez y de lo mazapanudo que es Toledo; y sin dejar de tener en cuenta lo baratos y relativamente aseados que son los taxis de Madrid, y que nuestro Museo del Prado es para entrar en él y quitarse el sombrero, y el que no se lo quite es un grosero indecoroso; a pesar de todo eso, lo verdaderamente interesante de España son sus hombres, y algunas de sus mujeres.

Para este amigo nuestro el interés de una visita a España está en conocer a cierta gente, y que todo el que venga aquí y la conozca será feliz y se pondrá gordo al primer apretón de manos que cambie con ella.

Y, ¡claro!, este hombre ha cogido su cuaderno y ha tomado unos apuntes sobre las personas que le han parecido más eminentemente dignas de estudio. Y, ¡naturalmente!, nosotros, curiosos de ver lo que el gachó opinaba y la clase de biografías que se permitía hacer de nuestros compatriotas, le hemos emborrachado noblemente y, durante la cogorza, le hemos manoseado el cuadernito, del cual recordamos en este momento las siguientes opiniones, no muy desacertadas, sobre las personalidades ibéricas que el tío cita en el librejo:

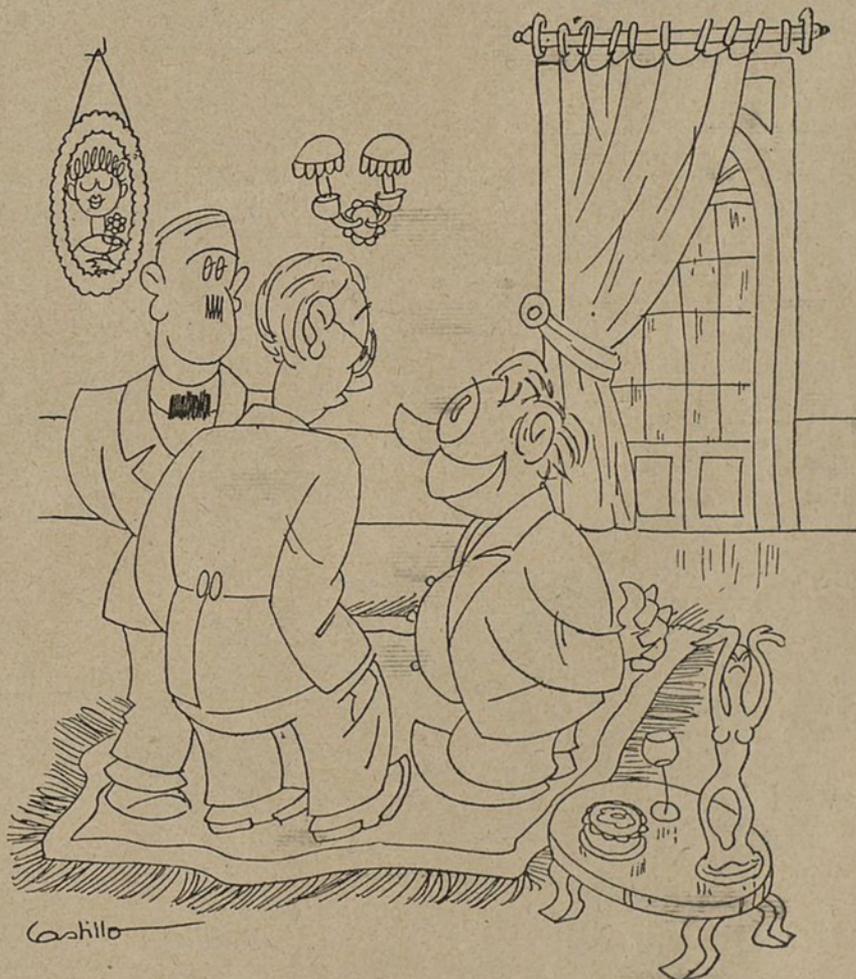
“Uno de los tipos más interesantes de España es un escritor que se llama

José Martínez Ruiz, pero que se hace llamar *Azorín* por modestia. Se trata de un eximio pensador que escribe en castellano, pero que los castellanos que lo leen no lo entienden ni a tiros. Bien es verdad que él tampoco se entiende a sí mismo, por lo cual es completamente feliz, ya que no tiene necesidad de aguantar lo que escribe, porque como no lo entiende no lo lee, ¡y todos tan contentos!

Otro personaje representativo es el elegante maestro de toreo, llamado comúnmente *Cagancho*, y frecuentemente llamado cosas más feas durante la lidia de sus toros. En la muerte de los mismos se distingue por la premeditación, la alevosía y el ensañamiento, y algunas veces la noctur-

nidad, porque cuando le toma asco a un bicho suele ponerse pesado y se acaban las corridas a la hora de cenar. Usa sombrero ancho, que los sombreroeros de Sevilla andan ya pensando en darle el nombre de sombrero *Cagancho*, y si no lo han hecho es por temor a que crea alguien que los sombreroeros llamados así pueden tolerar ciertos usos no conspicuos ni decorosos.

También hemos tratado a un popular novelista, conocido por los sonoros nombres de Antonio Hoyos y Vinent. Es un hombre absurdo, que escribe unos libros atroces, donde figuran mujeres en camisa, banderillos en mangas de idem, marquesas sin medias y frailes descalzos. La única



—¿Qué población más bonita es Granada!
—¿Pero ha estado usted en Granada?
—No; pero lo he oído en el gramófono.

Dib. CASTILLO.—Madrid.

ropa de sociedad que aparece en sus obras la presenta colgada en perchas, metida en maletas o empeñada en el Monte de Piedad. Puesta sobre sus propios personajes, nunca. Tal vez lo haga por higiene.

Es de justicia mencionar a don Francisco Bergamín, un popular asusta-señoras, aterra-niños y horroriza-militares sin graduación. Ha sido conservador toda su vida, y ha hecho mal, porque no ha debido conservar ni un momento la fisonomía de que disfruta. Fué uno de los espectadores que intentaron patear la noche del estreno de *El arte de ser bonita*. En el manicomio de Leganés hay una dama de la buena sociedad que por su causa se volvió loca... de miedo.

Y ya que hablamos de políticos, no olvidemos a don Juan La Cierva, conspicuo e infatigable abogado y algo ex ministro, más conocido por su colección de pantalones que por su elocuencia, que solo convence cuando habla por señas. No obstante, hubo una época en que se le consideró como hombre de genio, suponemos que por lo furibundo que se ponía para regañar a las criadas. A éstas, a pesar de los regaños, no les ha pagado salarios mayores de sesenta reales, por lo cual muchas de ellas se han dedicado al cuplé al poco tiempo de estar en su casa, alcanzando en el proscenio éxitos mucho mayores que su señorito en el foro.

Igualmente es interesantísimo el tipo de Eugenio d'Ors. Es un escritor católico, apostólico y romano, y además español, y por añadidura un poco catalán. Es autor de un nuevo idioma castellano, que consiste en variar las palabras de su sitio natural

y ponerlas donde no hacen falta, con lo cual se obtiene un todo absolutamente imposible de descifrar. En Sevilla tiene mucho público, porque se han acostumbrado a hacer apuestas sobre lo que don Eugenio quiere decir en sus párrafos más claros; y aun en el caso de que no pueda averiguarse, se reparten el dinero y ¡hasta otral!

No menos merecido tiene el figurar en esta relación la virtuosa cupletista, de origen barcelonés, Consuelo Portela, a quien conoce el vulgo por el nombre de *Chelito* y la aristocracia por otros nombres que no es del caso repetir aquí. Es propietaria de una hermosa finca, ganada con el sudor de su rostro, que ha debido de ser copioso para llegar a ese resultado. El año que perdimos las colonias cumplió veinticinco primaveras. Dentro de unos días dice que va a cumplir veintiséis años, por lo cual resulta que los veinticinco *primaveras* serán los que se crean eso que ella dice, suponiendo que sean veinticinco los que lo crean, ¡que no lo creemos!

Otra notable figura española es la de don Valeriano Weyler, el militar más valiente del mundo. Decimos esto, porque hace falta un valor épico para salir a la calle vestido como él sale. En contraposición, la ropa que saca no tiene absolutamente ningún valor. Cuantas tasaciones se han hecho de su indumentaria han conducido a tan triste conclusión.

Debemos también citar (aunque ya no nos lo puede agradecer), y por tratarse de un genuino y españolísimo personaje, a Don Juan Tenorio, distinguido y ya fallecido juerguista sevillano, hijo de Don Diego y de madre absolutamente desconocida. A

pesar de ser de la propia Sevilla, no sabía hablar el andaluz, según puede observarse todos los años cuando conversa con doña Inés, el Comendador, su atribulado padre y otros primos alumbrados por el estilo. No se le conoció nunca carrera, oficio, ocupación u oficina en la que ganase ni un perro chico. Debía de ser un vago que para qué les vamos a contar a ustedes. Tiraba el *pego* como los ángeles, y levantaba muertos que era una bendición. Esto de que levantaba muertos ya lo averiguó Zorrilla, que en el quinto acto de su drama le hace levantar a doña Inés y a don Gonzalo, abandonando sus cómodas y cada-éricas posturas. En materia de amores fué un ciclón. Dejó al morir ocho viudas y ciento veintitrés hijos, todos naturales y algunos de pecho, salvo los que pasamos por alto. No dió un maravedí a las mujeres, y todas sus conquistas las hizo por su serrana cara. No es verdad que estuviera en Roma, ni que fuese gallardo y calavera. Calavera lo es ahora, suponiendo que no se hayan perdido sus restos, aunque con ello no se hubiera perdido gran cosa.

Muy interesante es también la artista gitana Pastora Imperio, de la que dicen los españoles que es la primera persona que corrió por el mundo la voz de que el *Gallo* no se arimaba.

Y ya que hablamos de artistas, mencionaremos igualmente a la llamada Preciosilla, anciana cancionista, con la cual se ha querido presentar un ejemplo de la transmigración del alma. Hay quien dice que el alma de Preciosilla es la misma que le sirvió a Noé (que, como saben ustedes, contaba doscientos años de edad, y su alma, ¡alma mía!, otros tantos). Es seguro que la señora Preciosilla preferiría tener otra; pero no puede escoger a su gusto, porque en los teatros en que ella ha actuado trabajosamente, hace tiempo que no iba un alma."

Hasta aquí las notas del cuaderno de nuestro curioso y extranjero amigo.

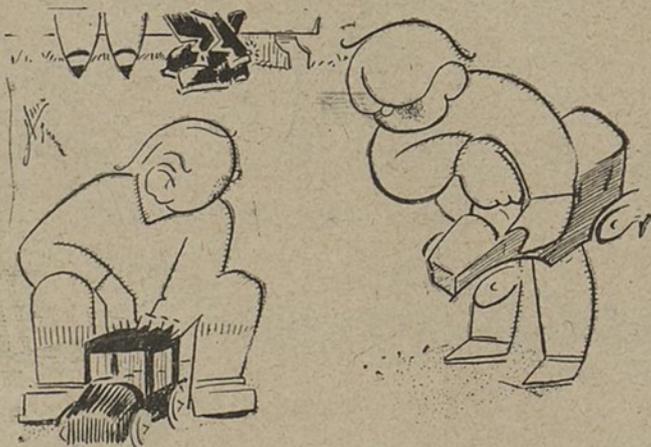
Y desde aquí, nada más que nuestra firma, porque ¿qué vamos a decir nosotros después de lo dicho por él?

Sería estúpido.

Estúpido decirlo, y estúpido lo que dijéramos.

Nos conocemos íntimamente.

ERNESTO POLO



—¿Cuántos caballos tiene?
—¡Ninguno! ¿No lo ves?

Dib. ALMOGUERA.—Madrid.

El belén de Bartolillo

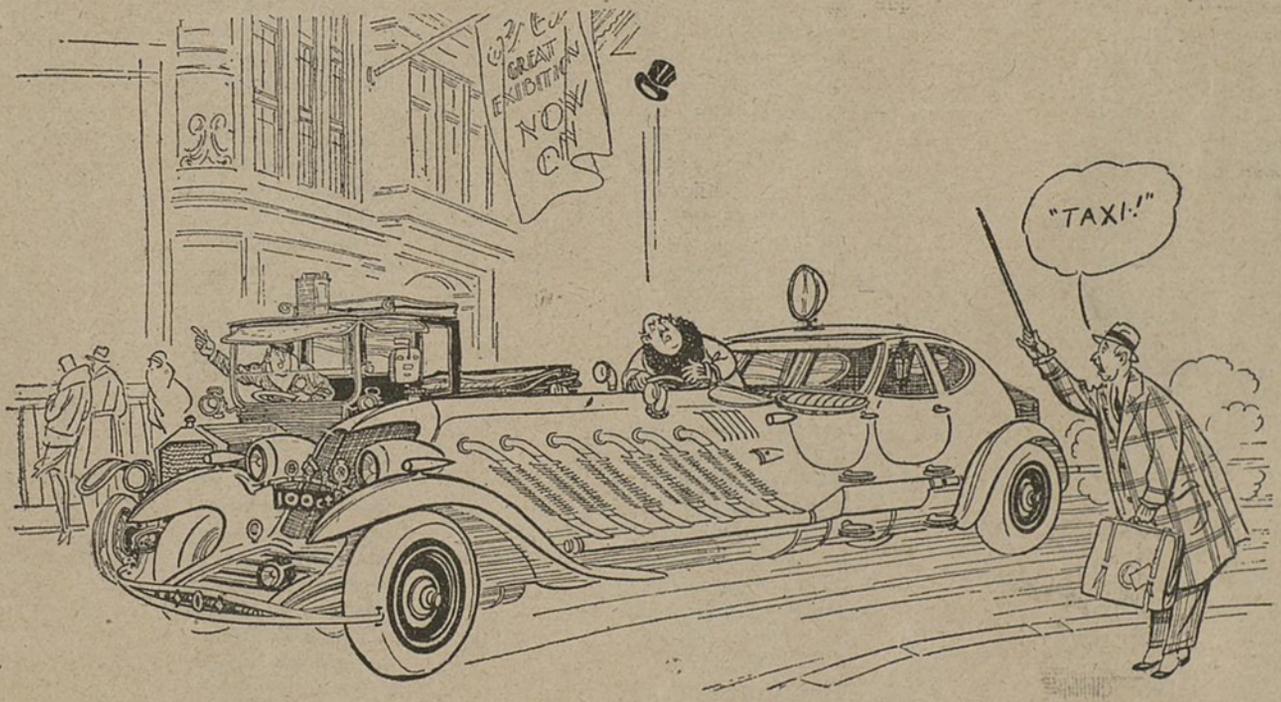
(Diálogo conyugal.)

—Ya se acerca, maridito, la postura del belén con que hacemos las delicias de nuestro Bartolomé. Sobre un gran monte de corcho lo alzaremos esta vez como siempre; pero creo que debíamos poner en el Nacimiento algunas cosas nuevas. Tráete, pues, además del portalito y el palacio real del cruel degüella-niños, y el puente y el molino, y algún pez para el río, y las ovejas y los pavos a granel, algo nuevo; verbigracia, camionetas, cine, un tren,

estaciones de la radio, y un *angar*, y en lugar de panderetas, dos pianolas, para que a su son estén bailando los pastoreillos ante el Señor de Israel. Tú busca esas piezas nuevas, o de mandarlas hacer encárgate, pues ya falta muy poco para poner un Nacimiento que asombre por la rara esplendidez que en él mostremos los padres del pobre Bartolomé. Pero te ruego una cosa. —¿Qué se te ocurre, mujer? —Pues que, entre las novedades, no traigas un "cabaret", porque quizá los pastores (y aun las zagalas también),

olvidando que a postrarse vinieron, llenos de fe, ante la Cuna Sagrada, podrían *colarse* en él; y además de los pastores, podría algún mago rey detenerse en las delicias de aquel antro de Luzbel, y aun alguno de los pavos que andan sueltos por Belén. —¿Algún pavo? ¡Qué ocurrencia! —¿Piensas que no puede ser? ¡No sería el primer pavo que concurre al "cabaret"! Si sé lo que el matrimonio hace al fin..., lo contaré. ¡Qué gana de innovaciones tienen algunos, rediez!...

JUAN PEREZ ZUÑIGA



Un grave insulto. De The Humorist.—Londres.



Ramón estrenó en *El Alkazar* la semana pasada *Los medios seres*. Son éstos aquellas personas a quienes les falta una mitad; algo parecido al *roastbeef*: carne a medio hacer; y alma, por consiguiente, también a medio hacer. Por eso iban los personajes en escena pintados de negro por mitad, de arriba a abajo: colocados sobre el fondo de la eternidad, que es un fondo nocturno, como todos saben, y que es el fondo adecuado para que se destaquen los seres, vemos a esas criaturas partidas por el eje: medio cuerpo, media cara, una sola pierna...

En este país nuestro de las medias noches, de las medias copas, de las medias verónicas y de las medias granadinas, se hace inconcebible que ningún dramaturgo hubiera hasta ahora sa-

Los medios seres, los medios tontos y los tontos del todo

lido a los medios y hubiera escrito así, mitad blanco y mitad negro, sin andarse en medias tintas, el drama pseudo sentimental, pero trágico, no de los seres medios y de la clase media—que es lo usual—, sino de los medios seres.

Resulta muy higiénico el estudio de estos seres a quienes partió un rayo, de los pies a la cabeza—el rayo de la espada del Arcángel que los arrojó del Paraíso—haciéndoles cisco una mitad, dejándolos en esa mitad completamente a oscuras, en ese perpetuo estado sol y sombra de los seres que no saben—o que no sabemos—nunca de la misa la media.

Resulta higiénico—decimos—porque se ve algo instructivo; se ve que todos los conflictos sentimentales, todas las ansias de no se qué; del amado que busca la amada ideal y de la amada que busca al hombre que sepa comprenderla, son pamplinas; que en el fondo, lo que nos hace falta a nuestro lado, es el lado que nos falta. Que si las mujeres y los hombres fue-



ran realmente "caba'es" no estarían dando tanto la jaqueca—o dando el "té", que es lo mismo—, como lo dan los medios seres en la obra de Ramón, para pasarse las tardes dando vueltas al gramófono y a las medias palabras de los que persiguen un ideal cuando lo que suelen perseguir es una media.

Los conflictos y nostalgias que hacen suspirar a ciertos humanos vienen de eso: de que les falta una mitad, su mitad, y creen que "su mitad" es alguna de las señoras que andan por el mundo; nunca, ¡claro es!, la señora con quienes se casaron y que le dieron en calidad de "su" mitad cuando en rigor era una mujer... a medias.

El té de la obra de Ramón es un té irónico; un té don-

de se chafan todas las elegancias "five-o'clock" que presumen de exquisitez en las comedias llamadas de "alta comedia"; esos tés donde la sociedad dice frases que quieren ser elegantes o profundas y que son mitad mitad: mitad lugar común y mitad cursilería.

La mitad de los espectadores se creyeron que todo aquello tenía valor de sentencia; pero es que ellos, medios seres, no se enteraban de la mitad.

Los medios seres no saben que una cosa es el amor y otra el suspiro doliente. Esos suspiros con violín, no con gramófono, con luna de miel (media luna) y con tés sentimentales entre bocadillo y bocadillo, no tienen que ver con el amor. El amor consiste en hacer, como el fabricante de cierto betún, de dos, uno—dos en uno—; pero cuando no hay dos, sino dos medios—medio hombre, media mujer—por mucho que se "unan" no pueden formar "uno". Se "casan" pero no "casan". Por muy "buenos partidos" que parezcan, no podrán mientras estén partidos llegar a ser dos en uno. Se oponen la aritmética, la física, la amatoria y la culinaria. Por mucho que medio melón halle su media naranja, no podrán llegar a ser com-

pletamente "uno". En vez de hacerse el amor harán una ensalada o un pisto: revoltijo de naranja y de melón, o de calabacín y patata...

Ramón nos advierte también otra cosa bastante importante; higiénica también: el peligro de ser hombres completos y creernos que por eso tenemos ya derecho a ser intransigentes y severos. Es ese gran error. Se puede ser un completo mameluco, en cuyo caso vale más ser medio tonto que tonto del todo.

Muchos espectadores eran de éstos: tontos enteros, de la cabeza a los pies y de babor a estribor. Lo demostraba su actitud, no su juicio. La obra no les gustaba; pero esto no es un pecado; puede una obra no gustar y hasta con razón. Pero eso de que un ser espectador se dedique a decir frases que él supone, por ser suyas, muy graciosas, es de un imbécil completo, y es faltar "completamente" a su deber de espectador. Nosotros, que somos incluso partidarios del pateo, protestamos de esos señores que se ponen a comentar en alta voz con tóni-

Ho reticante y cuchufletas lo que no les gusta. Eso no está ni "medio bien": está mal del todo. El dinero que ese espectador paga por su butaquita no le da derecho a estrenar él por su parte y en querer lucir su ingenio en sustitución del del autor. Para eso que se vaya al escenario, una vez que haya sudado para estrenar y que allí aguante lo que sea. Todo el que compra una entrada va dispuesto a que le dé un mal rato el autor de la obra, pero que además vaya a dárselo el espectador "H" o "B", en calidad de espontáneos, eso no.

Al teatro fuimos los admiradores de Ramón—que somos muchos—; los que creemos que Ramón es la primera figura de su generación y alrededores; y fueron esos otros que caen en epilepsia de indignación cada vez Ramón dice algo que ellos aseguran que es incomprensible porque a ellos no les entra.

¿Por qué sienten estas gentes una indignación semejante contra Ramón?... Como no sea por celos... Ramón es un hombre, el único hombre a quien todas las mujeres nombran desde niñas, y no así como se quiera, sino con un "¡Ramón del alma mía!" que tiene a los demás hombres reconcomidos.

MANUEL ABRIL





Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

En la cárcel:
—¿No es verdad que estás aquí por haber cometido muchos delitos?
—¡Quí, no, señor; estoy aquí porque me prendieron!
Vicente Torres (Madrid).

A un labriego norteño le salieron dos deformes forúnculos en el cuello, y consultado el caso con el galeno del lugar, éste le recomendó que fuera a Madrid para que le hicieran el análisis de la sangre. Nuestro hombre, en compa-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

Un aldeano se presenta en una casa de baños públicos y pregunta:
—¿Podrían servirme un baño?
—Tendrá usted que esperar, porque están todos ocupados—le contesta la encargada.
—¿Pues cuántos hay?
—Catorce.
—¡Qué! ¿Tantos se van a casar mañana?
Tatita (Pamplona).

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



El sobrino.—Hoy he visto una máquina que puede hacer el trabajo de tres hombres.

El tío.—No es mucho, si todos los hombres trabajan como tú.

De The Passin Show.

ña de su cara mitad, tomó el tren, dispuesto a cumplir los mandatos del facultativo.

Paró el convoy, se aparearon los paletos e inmediatamente fueron sorprendidos por una voz que les decía:

—¿Trae bustos el señor?

Entonces el labriego, dirigiéndose a su mujer, exclamó:

—¡Pero qué "listimos" son los hombres de Madrid!... No hemos hecho más que llegar y ya sabe lo que traigo...

M. Pascual (Madrid).

CASA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito.
Modelos desde 2,85 pesetas.

ROMERO — Fuencarral, 68.

Villatuerta, 15 diciembre 929.

Señor director del BUEN HUMOR.

Enterao que se pediorico da diez pecejetas al mejor chiste de cá semana, y como tó está mú malo y esas pecejetas no son de desperdicialas, voi a contale una nezdota mú graciosa que mocrurió el mes pasao, porque la vida está sembrá de sucedios que son pa rigolve se los astentinos de risa.

Resulta que yo y un primo mío habemos compraó a medias un piazo e tierra pa sembrala, y como resulta que mí primo, que es mú interesao, quería quedase con tó el piazo, di parte al juez, y verá usté lo que me dijo y lo que le dije: Ná más llegar en cal juez, me pregunta:

—¿Es usté el interesao?

—No, señor. Es el otro.

—¿Pero usté no es Felipe Pino?

—Pa servile; pero es que el "interesao" es mí primo, que se quié quedar con toel piazo.

Haber siesto pué usté arreglalo o componelo a su manera, y caso de adjudicame las diez pecejetas, pasará a cobrarlas un

primo carnal de una tía de una hermanastra de mi mujer que vive en Madrid.

Con recuerdos pa los niños y besos pa las sirvientas, sedes pidedusté este que lo es, Felipe Pino.—Por no saber de letra, El Carbonero (Madrid).

Cierto cazador, tan embustero como andaluz, refería a su "compañero" las hazañas de su última cacería:

"Compare e mi arma, me veo de vení una bandá de abutardas, les apunto, le doy gusto ar gatillo y caen toitas; las cojo, las lio en un papé, y las echo ar morrá.

Aluego endiguelo treinta o cuarenta conejos, les zumbo castaña y toos parman; los cojo, los lio en un papé y ar morrá.

Pos ya aburrio der campo me voy a la serva y enguipo un elefante más grande que los pies de un cobraó; le apunto, disparo..."

Aquí le interrumpe el compare:

"Pepe e mis entraña, tú l'apunta, le ispara y lo mata; pero como lo lies en er papé y lo eche ar morrá, te voy a endiná una *papelata* que no vas a casar ni con Flit.

Antonio Chiclana.
Tomares (Sevilla).

—Estás acatarrado.

—Ha sido en el tren; figúrate la ventanilla con un cristal roto.

—¿Por qué no cambiaste de

el pretendiente aludido, quedóse el pobre aturdido al ver reirse a la dama.

Ella dijo sonriendo:

—Pero usted no ve? Me admiro.

—Más la admirará sabiendo que mi nombre es Casimiro.

León Cembrano.

En clase:

Y la suegra, con la escarcha, al yerno dijo al morir:

—¡Lo bueno pronto se marcha! ¡Lo malo se queda aquí!

El profesor.—Digame, Juanito: ¿Cuántas oraciones rezan en estos versos?

LA HORRA

Remitimos figurines

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

a quien lo solicite

sitio con otro pasajero, que quizás no le hubiera importado?

—Imposible; iba solo en el coche.

Benjamin López (Madrid).

Hablando dos amigos de una excursión campestre, dice uno de ellos:

—Chico, qué día más delicioso pasamos. Por cierto que les di un susto morrocotudo, pues se creyeron que me había muerto.

—¡Pero, hombre! ¿Cómo fué eso?

—Pues verás: se alejaron un poco de mí, y yo, que estaba muy cansado, me tumbé a dormir al lado de un árbol, y cuando ellos volvieron me creyeron cadáver; porque tenía la cabeza separada del tronco!

Don Picorete (Madrid).

Un ricachón del pueblo apostó con el señor cura cuatro mil reales a que se comía él solito tres lechoncillos, muy fritos, doraditos y enteritos. Cuando vió el señor cura que la cosa iba de veras y perdía, elevando los ojos al cielo exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Dios mío! ¿Para cuándo dejas la resurrección de la carne?

Gregorioff Laguiskiff.
(Escalona).

El tropezón de Casimiro.

Un chico corto de vista a Encarnación pretendió, e iba siguiendo su pista, hasta que un tropezón dió. Casimiro, que se llama

CUPON

correspondiente al núm. 420 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—Cinco, señor, que con otros cinco que han muerto hacen diez.

—¿Y cómo se llamaban los muertos?

—Aquí, en esta tierra, los muertos se llaman d'fantos.

Nieves Fernán Gómez.
(Bilbao).

CAFE VIENA

El mejor de Madrid

Luisa Fernanda, 21 (esquina a Mendizábal). Teléf. 36298

Magnífico y lujoso salón para bodas, banquetes y reuniones.

Cubierto: 3,50 pesetas

El poeta.—Supongo, señora, que habréis recibido el tomo de poesías que he tenido el honor de enviaros.

La señora.—¡Oh, sí! ¡Es verdaderamente admirable! ¡Lo he leído una y otra vez con igual admiración e interés! Sobre todo... ¿Pero dónde lo he dejado?

El niño.—Mamá, aquí: lo has metido debajo de una pata de la mesa para que no se mueva.

Menfis.

CANA



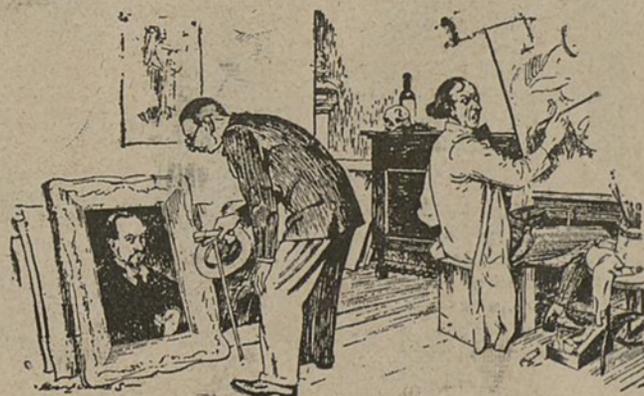
Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera.

Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



El amigo.—¿Has vendido algo desde que empezaste a pintar?

El artista.—Sólo mi mejor traje y la mayor parte de los muebles.

De The Humorist.—Londres.

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

A. D. G. (Bilbao).—No tiene ni la gracia necesaria ni la intención suficiente su articulo de costumbres lacustres titulado *Los peces de colores*; y tratándose de esos ciudadanos, es forzoso el reírse; y como los lectores no se podrían reír, se llamarían a engaño y pudiéramos tener un disgusto. ¡A evitarlo, pues, con todas nuestras fuerzas, y otra vez será!...

P. Llop (Valencia).
De los monos que ha enviado en importante montón, uno le ha sido aceptado para su publicación.
¡Dei Llop un pelo, que dice el refrán!...

Para camisas a la medida
Madrid-Viena
Montera, 41.—Tel. 16662

Satánico (Zaragoza).
Hemos leído con pánico las cuartillas de Satánico.
¡Aquel hombre que hace pedazos a su suegra, la mete en un baúl, lo factura, sale el tren, choea con otro y los cachitos de la pobre madre política se hacen polvo completo y definitivo, es un caso como para enloquecer de miedo!... Otra vez, querido amigo, escriba cosas más serias, porque a eso, ¡la verdad!, no hay ni un átomo de derecho.

Pero Ruipérez Pérez de Perezagua (Sanlúcar de Barrameda).—Es más largo todavía el cuento que el seudónimo, y no nos sirve.

N. V. A. (Madrid).—Imbécil, cordífero, una barbaridad de cosas más es su desahogo antiliterario, anticlerical y antiespasmódico. ¡A *Cestona* con él, y que perdone *Cestona* la clase de parroquianitos que le estamos mandando desde tiempo ligeramente inmemorial!...

B. B. B. (Madrid).—Nos duele los omoplatos de escribir reiteradísimas veces que, en esta sección, no contestamos a los caballeros y señoras que nos

envíen chistes para el concurso de *El buen humor del público*. Los susodichos chistes los admitimos o no los admitimos (según caen las pesas); pero no es lo tratado el molestarse en responder a los ochocientos y pico de nobles prójimos que semanalmente nos honran con su inesperada cooperación. Resumen: que aquí no se contesta más que a los literatos y a los dibujantes, aunque a veces no sean dibujantes ni literatos, sino que se creen ellos eso. ¿Está usted enterado ya?

Manolo (Burgos).
Mi distinguido Manolo: Para evitarte rencoillas has de escribir las cuartillas siempre por un lado solo.

F. P. de M. (El Escorial).—
¡Otro que tal!... ¿También ignora usted que las cuartillas no deben escribirse por los dos lados?... Pues, para que usted lo sepa, no deben escribirse más que por uno... ¡Mejor dicho, los literatos como usted lo que deben hacer es no escribir las por ninguno de los dos lados, y así quedarían ustedes como los propios ángeles!...

A. R. M. (Madrid).—Es más tonto que Pompo y Teddy. Y, por desgracia, con bastante menos gracia que los repetidos Teddy y Pompo.

Blenc (Valladolid).
En las cuartillas de Blenc no hemos visto nada bueno. Ni siquiera la tinta, que se ha

comido de una manera como seguramente no se comerá el susodicho Blenc al ver que ha dado en hueso y que le hemos tenido que negar nuestra valiosa protección.

Furioso (Sevilla).—No seas tan furioso, porque te vas a llevar muchos disgustos como el de hoy. ¡Y que no tenemos más remedio que dártelo, aunque te muera de hidrofobia! ¿Cómo ocultarte que tu literatura es esperpéntica y ridiculizante, indecorosa y neurálgica, antigramatical y carcelaria, homicida y pestifera?... ¡Sábelo y fallece, y así tendrán término tus furiosos, descansarás en paz y descansaremos nosotros, que es lo importante!...

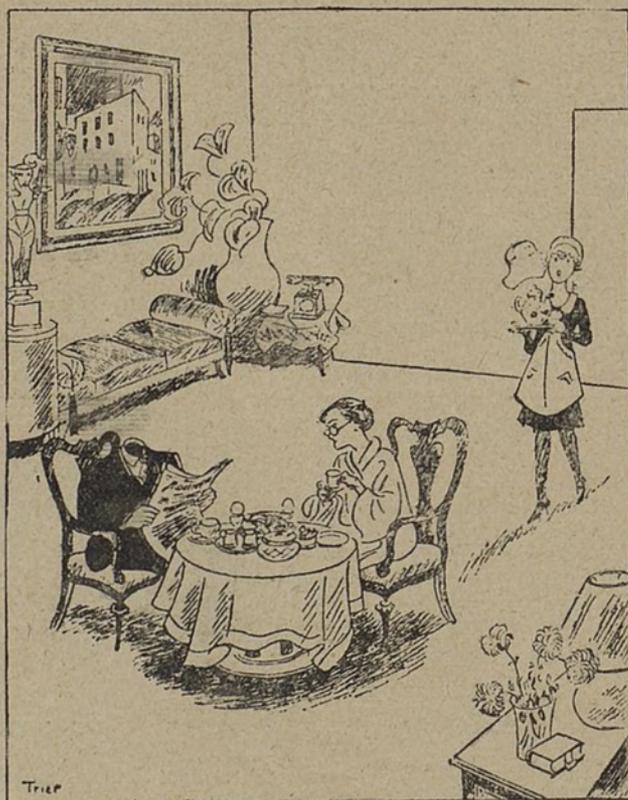
R. P. C. (Córdoba).—Su artículo *El gazpacho* no nos ha gustado nada. Mande usted un *entrecot* con patatas, a ver si cambiamos de opinión.

Morón (Madrid).
Sus versos *Lo que yo narro*, ilustre amigo Morón, son de lo más sucio y guarro que ha visto esta Redacción. ¡Su más noble ocupación sería tirar de un carro!
¡¡Lo digo de corazón!!

C. N. T. (Málaga).—Quedó aceptada con entusiasmo delirante y frenesí patético su camelancia gitanesca, por la que le felicitamos con toda la energía de nuestro distinguido endocardio.

E. R. L. (Barcelona).—Esa clase de reseñas no entra en nuestros cálculos el inmortalizarlas en *BUEN HUMOR*. Serán todo lo fidedignas que se quiera; pero aquí nos conviene más que se digan mentiras con salero, que verdades con una cara así de larga.

B. T. (Madrid).—¿Pero de verdad se llama usted Ternero?... Bueno, hay que advertir que ya, antes de leer la firma, habíamos pensado nosotros que el trabajo no podía estar hecho más que por un pobre animal...



—¿En qué piensas, Jaime? ¿Dónde tienes la cabeza?

De Uhu.—Berlín.

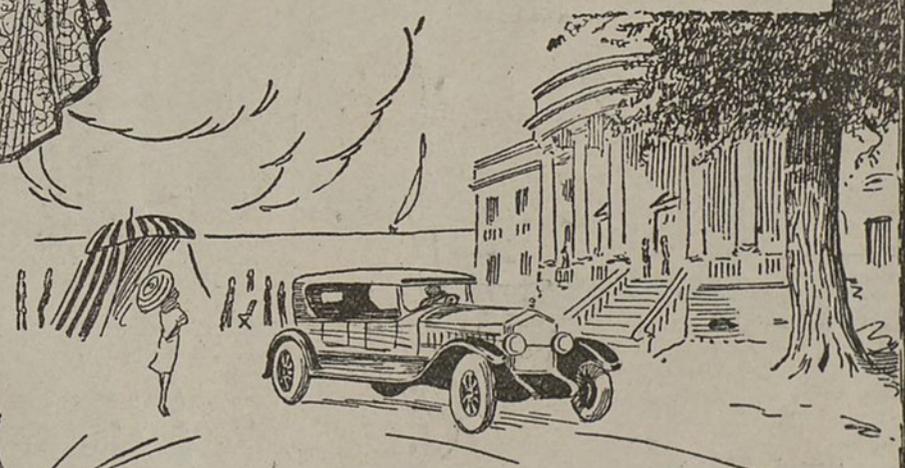


CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.— HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos



DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

COMPANIA GENERAL DE ARTES GRAFICAS.—PRINCIPE DE VERGARA, 42 Y 44.—MADRID.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—Que si mi padre fué así, que si mi familia es *asao*...

—¡¡Amos!!... ¡¡¡Que no sé cómo puede usted aguantar tanto lío!!!...

Dib. de ANTONIO CASERO.—Madrid.